

MISIÓN Y VIRGINIDAD CONSAGRADA

Jesucristo es el primer misionero, totalmente consagrado a la misión que le confió su Padre (cf Lc 4,16-22). Toda su existencia está marcada por el amor al Padre y a los hermanos: quien acepta seguirlo no puede ser más que un discípulo misionero, participar en su propia vida como Hijo de Dios, asumir sus propias actitudes y ser testigo del mismo amor del Padre para la vida de la humanidad. La Pascua de muerte y resurrección de Jesús, en la que participamos mediante el bautismo y la Eucaristía, hace que el anuncio de su Palabra sea la fuente de la salvación y la esperanza para todos. Morir y resurgir con Cristo (cf Rom 6; Jn 6) se convierte en el corazón de la experiencia cristiana en la medida en que requiere que algunos tengan el don total de sí mismos en el cuerpo y en el espíritu incluso ahora. Aquellos que son llamados a una vida de especial consagración experimentan la naturaleza radical de esta pertenencia bautismal haciendo un don total de sí mismos a Dios por la causa de su misión en el mundo, que es la Iglesia (cf 1Cor 7). El carisma original, don del Espíritu, determina, desde la fundación, las diferentes formas personales y comunitarias de consagración virginal al servicio de la misión en la Iglesia.

El anuncio de la Buena Noticia debe ser la única pasión del misionero, para que las personas que no conocen a Cristo puedan conocerlo. La misión que se le confió, por lo tanto, es hacer posible el encuentro y el conocimiento de Cristo, y vivir una relación personal de comunión con él. La primacía de la evangelización como forma de la vocación misionera no es algo extrínseco y accesorio a la vida del discípulo llamado a la consagración virginal. Más bien es una elección intensamente sentida que llega a lo profundo del alma. Así nos convertimos en sujetos de esta elección, que

involucra nuestra fe, nuestro corazón, nuestra conciencia, nuestra libertad, nuestro cuerpo y nuestras relaciones. Tomar la cruz para seguir y testimoniar al Maestro es un proceso exigente de conversión, y para algunos elegidos, un motivo para la total consagración a él y a su Reino (cf Mc 8,34).

Uno de los aspectos fundamentales para un célibe consagrado es la dimensión misionera *ad vitam*, que debe entenderse en un sentido cuantitativo y cualitativo: cuantitativo porque uno le dedica toda su vida; cualitativo porque la misión constituye la razón profunda de la vida misma. Para la misión de Jesús en su Iglesia, algunos están llamados a dejarlo todo, seguirlo para anunciar el reino de Dios y ayudar a construir su Iglesia. En un mundo donde las personas tienen miedo de tomar decisiones definitivas, donde todo cambia rápidamente y nada parece durar con el tiempo, donde uno vive en una cultura del instante y de lo provisional, una elección *ad vitam* no es ni fácil ni obvia. Pero precisamente para esto los célibes consagrados deberían ser el paradigma de esta misión *ad vitam*, de esta entrega radical, bautismal, de pertenecer a Cristo en su Iglesia por el bien de los hermanos.

La consagración bautismal, en su radicalidad virginal, nos sumerge en el misterio de Cristo haciéndonos «salir de nosotros mismos y de nuestras cosas» para conocer plenamente culturas, lenguas, costumbres, comunidades, pueblos, corazones que esperan la salvación divina para una autenticidad y plenitud de vida, para una existencia humana digna y feliz. Para poder penetrar en el corazón del hombre, en las profundidades de una cultura, se le pide a quienes están íntimamente impregnados del Espíritu del Señor resucitado que entreguen toda su vida, que permanezcan con Jesús y con los hermanos a los que han sido enviados por toda la vida.

Hoy, una nueva dificultad que acompaña la inserción en contextos alejados del propio país, de la cultura, de la familia y de los amigos es, paradójicamente, la abundancia y la accesibilidad de los medios de comunicación que siempre tenemos disponibles. Si bien representan un preciosísimo medio de encuentro y también de evangelización, son al mismo tiempo un vínculo «peligroso» que nos mantiene anclados a nuestros hábitos, intereses y relaciones. Marcar una distancia razonable para sentirnos verdaderamente

libres en la evangelización se convierte cada vez más en una necesidad real para adquirir autenticidad en la misión. En un mundo que ya no está acostumbrado a la familiaridad con Dios y con la Iglesia, tecnológicamente estructurado con formas cada vez más rápidas de conexión, dejar todo para seguir a Jesús requiere valor, claridad y determinación para abrazar el silencio, la oración y la soledad, viviendo nuevas formas de vida comunitaria y apostólica.

Ninguna persona consagrada deja el mundo para huir del mundo o para oponerse al mundo. Sintiéndose atrapados y abrazados por el Señor, encontrado como un amor desbordante y como el sentido del mundo, Él empuja y mueve a algunos discípulos elegidos a nuevas formas cristianas de vida y de audaz consagración virginal para la misión.

Un aspecto del anuncio es conocer y amar al otro: el Otro que es Dios, el otro que es el hermano y la hermana en Cristo. No se anuncia a figuras abstractas, sino a personas reales, envueltas en una cultura y en una visión del mundo, de las cosas, de las relaciones y de la relación con lo trascendente, que siempre determina el curso de la vida hasta después de la muerte. Para esto tenemos que buscar, en todos los ámbitos, los términos más adecuados y específicos para el encuentro: no solo palabras, sino también gestos y actitudes, que puedan traducir lo más fielmente posible la esencia de la misión de Jesús, del reino de su padre. En el anuncio debe haber un enriquecimiento mutuo en la lógica de la comunión cristiana y de la fraternidad humana. Es la experiencia de los discípulos de Emaús (cf Lc 24,13-35). Jesús se une, escucha, entiende, aprecia lo que es positivo, purifica la ignorancia y la incredulidad. En la fracción del pan de la Eucaristía conduce a la plenitud la sed de vida y de salvación que desde la creación del mundo habita en el corazón de cada hombre, en los deseos de cada mujer.

El lenguaje es importante para comunicarse con la humanidad de hoy; para esto, debe ser simple, concreto, para que llegue a la persona en lo esencial, toque el corazón, provoque su inteligencia, desafíe su conciencia y mueva su libertad hacia el bien, la verdad, Cristo. El lenguaje es dinámico,

porque la vida, la historia y las relaciones siempre están en movimiento. El misionero debe comprometerse a encontrar nuevos lenguajes y medios para la comunicación del Evangelio, cada vez más adecuados para proclamar a Cristo hoy. No se trata de imponer reglas morales o prácticas religiosas para ser cumplidas con el fin de obtener la salvación, sino de invitar al don de sí mismo a Cristo para su propia salvación y la de los demás. No son las cargas morales puestas sobre los hombros de las personas las que hacen progresar a la Iglesia y su misión: los hombres y las mujeres de nuestro tiempo están luchando, con razón, para aceptar este tipo de experiencia religiosa. En cambio, es la alegría de creer lo que da vida y manifiesta el encuentro personal con el Salvador de la propia vida, el Dios y Señor (cf Jn 1,35-51; 20,11-29).

Por esta razón, el misionero es llamado ante todo a proponer un camino de vida y de fe posible, a partir de su experiencia personal, de Jesús que lo ha encontrado, a quien él mismo encuentra y experimenta vivo en su Iglesia (cf *Deus caritas est* 1). La forma efectiva de la misión requiere autenticidad en el testimonio a favor de la plenitud de la vida donde el amor se abre a la eternidad.

La misión *ad gentes* es, por lo tanto, el conjunto de dinamismos propios del discípulo misionero: salir de la propia tierra, encontrarse con el otro, acoger las semillas de la fe de los demás, comunicarse y ser testigos de la fe de la Iglesia en Jesús crucificado y resucitado, para detectar su esencia y compartir su plenitud eterna. Todo esto se expresa como la proximidad a los pobres, a los últimos, a las situaciones de privación humanas –materiales o espirituales– que, siendo universales, requieren una lucha contra el pecado personal y el mal de las estructuras sociales injustas y opresivas. Para que el encuentro con Jesús sea eficaz y fructífero, solo se les pide a algunas personas, por libre elección divina y por libre respuesta humana, el don total de sí mismas: una salida misionera que dura toda la vida, más allá de los límites geográficos y visibles de los propios cultura, de sus tierras y de su gente, más allá de la exclusividad típica de los afectos y del amor conyugal del matrimonio.

Muy a menudo los misioneros son enviados al servicio de las Iglesias locales existentes. A veces se trata de Iglesias muy jóvenes, que necesitan acompañamiento, de misioneros con gran capacidad para escuchar, aprender y enseñar sabiamente. Son comunidades que tienen necesidades primarias que aún deben satisfacer y necesitan nuestra ayuda concreta; pero también son comunidades que desean caminar y crecer en la fe y en la misión. Los misioneros, a menudo extranjeros, pueden ayudar alentándolos y ayudándolos a descubrir sus propios recursos, a mirar con fe sus propios límites y debilidades. Superando la tentación de la autorreferencialidad y la introversión pastoral en el nombre de una comprensión errónea de la inculturación, la misión *ad gentes* puede ayudar a todos, cristianos locales y extranjeros, a mantener su mirada fija en Jesús (cf Heb 12,2), a salir de sí mismos y del pecado para encontrarlo donde él nos llama y nos espera. Esta podría ser la forma de acompañar a una comunidad en su camino hacia el descubrimiento y la construcción de su propia naturaleza misionera. A veces es difícil para los misioneros pasar del papel de protagonistas al de colaboradores, de la costumbre de mandar a la de estar uno al lado del otro, escuchando y acompañando; y tampoco es fácil para los cristianos locales superar las formas de introversión étnica. Reducir el Evangelio de Jesús a la propia cultura es cerrarse a la universalidad de la fe y del amor de Dios.

La comunidad «ideal» que uno siempre ha deseado encontrar no existe. En realidad, nos encontramos con personas concretas, vivimos relaciones interpersonales a veces no fáciles de manejar, experimentamos caracteres diferentes, culturas diversas, fatigas y alegrías, que nos desafían y que también nos animan a vivir nuestra vocación religiosa con más responsabilidad, aprendiendo a preguntarnos y a reflexionar sobre nosotros mismos, a discernir y también a cambiar para así poder crecer y convertirnos mejor a Cristo.

La oración es el lugar privilegiado para ofrecernos a nosotros mismos, para encontrar a Cristo y pedirle el don espiritual del discernimiento. En el diálogo diario con el Señor y con su Palabra, y en la gracia de sus sacramentos, encontramos la fuerza y la luz para la misión. Educados para una vida de oración ordenada y estructurada, en la vida de la misión

nos enfrentamos a momentos, necesidades y urgencias que obstaculizan el orden, la regularidad y la continuidad. Entonces debemos aprender de nuevo y de diferentes maneras para poner la oración siempre en el primer lugar, para darle la forma apostólica de la misión sin reemplazar a Cristo con nuestro protagonismo y nuestra creatividad egocéntrica.

La Palabra divina anunciada por la Iglesia tiene en sí toda su eficacia salvífica. Al no tener un producto para vender, sino la vida de Dios para testificar y comunicar, los misioneros están llamados a generar, por Cristo y en el Espíritu Santo, a ellos y a sus hermanos como hijos e hijas de Dios, miembros activos de su Iglesia, sacramento universal de salvación, principio y germen del Reino en esta tierra.

